

combate con ellos: è los Vergantines iban quemando alrededor de la Ciudad todas las Casas que podian, i descubrieron Canal por donde podian entrar alrededor, i por los Arrabales de la Ciudad, i llegar à lo grueso de ella, que fue cosa mui provechosa, i hizo cesar la venida de las Canoas, que à no oñaba afomar ninguna con vn quarto de Legua, à nuestro Real.

§. XXVI. *Acaba Cortès de cercar à Temixtitàn, i embia à Sandoval à guardar la Puente, por donde entraban, i salian los Indios. Ciudades rebeladas, i que ayudaban à los Mexicanos. Toman muchas Calçadas, Torres, i Puentes los Españoles, pelean cruelmente en el Mercado dos veces, con gran riesgo, i se retiran, peleando, dejando pegado fuego à las mejores Casas.*

Otro Dia Pedro de Alvarado, que estava por Capitan de la Gente, que estava en Guarnicion en Tacuba, me hizo saber, como por la otra parte de la Ciudad, por vna Calçada, que va à vnas Poblaciones de la Tierra-firme, i por otra pequeña, que estava junto à ella, los de Temixtitàn entraban, i salian quando querian: i que creia, que viendose en aprieto, se havian de salir todos por alli: aunque Yo deseaba mas su salida, que no ellos; porque mui mejor nos pudieramos aprovechar de ellos en la Tierra-firme, que no en la Fortaleza grande, que tenian en el Agua. Pero porque estuviesen del todo cercados, i no se pudiesen aprovechar en cosa alguna de la Tierra-firme, aunque el Alguacil Maior estava herido, le mandè, que fuese à afentar su Real à vn Pueblo pequeño, à dõ iba à salir la vna de aquellas dos Calçadas: el qual se partiò con veinte i tres de Caballo, i cien Peones, i diez i ocho Ballesteros, i Escopeteros, i me dejó otros cinquenta Peones de los que Yo traia en mi Compañia, i en llegando, que fue otro Dia, alentò su Real, adonde Yo le mandè. E dende alli adelante la Ciudad de Temixtitàn quedò

cercada por todas las partes, que por Calçadas podian salir à la Tierra-firme.

Yo tenia, mui Poderoso Señor, en el Real de la Calçada doscientos Peones Españoles, en que havia veinte i cinco Ballesteros, i Escopeteros, estos sin la Gente de los Vergantines, que eran mas de doscientos i cinquenta. E como teniamos algo encerrados à los Enemigos, i teniamos mucha Gente de Guerra de nuestros Amigos, determinè de entrar por la Calçada à la Ciudad, todo lo mas que pudiese: i que los Vergantines, al fin de la vna parte, i de la otra, se estuviesen para hacernos espaldas. E mandè, que algunos de Caballo, i Peones, de los que estaban en Cuioacàn, se viniesen al Real, para que entrasen con nosotros: i que diez de Caballo se quedasen à la entrada de la Calçada, haciendo espaldas à nosotros: i algunos, que quedaban en Cuioacàn, porque los Naturales de las Ciudades de Suchimilco, i Culucacàn, i Iztapalapa, i Chilobusco, i Mexicalcingo, i Cuitaguacac, i Mizquique, que estan en el Agua, estaban rebelados, i eran en favor de los de la Ciudad; i queriendo estos tomarnos las espaldas, estabamos seguros con los diez, ò doce de Caballo, que Yo mandaba andar por la Calçada, i otros tantos, que siempre estaban en Cuioacàn, i mas de diez mil Indios nuestros Amigos. Asimismo mandè al Alguacil Maior, i à Pedro de Alvarado, que por sus Estancias acometiesen aquel Dia à los de la Ciudad, porque Yo queria por mi parte ganalles todo lo que mas pudiese. Así salí por la mañana del Real, i seguimos à pie por la Calçada adelante: i luego hallamos los Enemigos en defenfa de vna quebradura, que tenian hecha en ella, tan ancha como vna Lanza, i otro tanto de hondura; i en ella tenian hecha vna Albarrada, i peleamos con ellos, i ellos con nosotros mui valientemente. E al fin se la ganamos, i seguimos por la Calçada adelante, hasta llegar à la entrada de la Ciudad, donde estava vna Torre de sus Idolos, i al pie de ella vna Puente mui grande, alçada, i por ella atravesaba vna Calle de Agua mui ancha, con otra mui fuerte Albarrada. E como llegamos, comenzaron à pelear con nosotros. Pero como los Vergantines estaban de la vna parte, i de la otra, ganamosla sin peligro: lo qual fuera

imposible, sin ayuda de ellos. E como comen-

confearon à desamparar el Albarrada, los de los Vergantines saltaron en Tierra, i nosotros pasamos el Agua, i tambien los de Tascaltecal, i Guaxocingo, i Calco, i Telaco, que eran mas de ochenta mil Hombres. Y entretanto que cegabamos con Piedra, i Adobes aquella Puente, los Españoles ganaron otra Albarrada, que estava en la Calle, que es la principal, i mas ancha de toda la Ciudad: è como aquella no tenia Agua, fue mui facil de ganar, i siguieron el alcance tras los Enemigos por la Calle adelante, hasta llegar à otra Puente, que tenian alçada, salvo vna Viga ancha, por donde pasaban. E puestos por ella, i por el Agua en salvo, quitaronla de presto. E de la otra parte de la Puente tenian hecha otra grande Albarrada de Barro, i Adobes. E como llegamos à ella, i no pudimos pasar sin echarnos al Agua, i esto era mui peligroso, los Enemigos peleaban mui valientemente. E de la vna parte, i de la otra de la Calle havia infinitos de ellos peleando con mucho coraçon, desde las Agoteas: è como se llegaron de Ballesteros, i Escopeteros, i tirabamos con dos Tiros por la Calle adelante, haciamosles mucho daño. E como lo conocimos, ciertos Españoles se lançaron al Agua, i pasaron de la otra parte, i turò en ganarse mas de dos horas. E como los Enemigos los vieron pasar, desampararon el Albarrada, i las Agoteas, i ponerse en huida por la Calle adelante: i así pasó toda la Gente. E Yo hice luego comenzar à cegar aquella Puente, i desfacer el Albarrada: i en tanto los Españoles, i los Indios nuestros Amigos siguieron el alcance por la Calle adelante, bien dos tiros de Ballesta, hasta otra Puente, que esta junto à la Plaça de los principales Apolentamientos de la Ciudad: i esta Puente no la tenian quitada, ni tenian hecha Albarrada en ella; porque ellos no pensaron que aquel Dia se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganò, ni aun nosotros pensamos que fuera la mitad. E à la entrada de la Plaça adestòse vn Tiro, i con èl recibian mucho daño los Enemigos, que eran tantos, que no cabian en ella. E los Españoles, como vieron que alli no havia Agua, de donde se suele recebir peligro, determinaron de les entrar la Plaça. E como los de la Ciudad vieron su determinacion puesta en obra, i vieron mucha multitud de nuestros Amigos, i aunque de ellos, sin

nosotros, no tenian ningun temor, buelven las espaldas, i los Españoles, i nuestros Amigos dan en pos de ellos, hasta los encerrar en el circuito de sus Idolos, el qual es cercado de Cal; Canuto: è como en la otra Relacion se havrà visto, tiene tan gran circuito, como vna Villa de quatrocientos Vecinos: i este fue luego desamparado de ellos, i los Españoles, i nuestros Amigos se lo ganaron, i estuvieron en èl, i en las Torres vn buen rato. E como los de la Ciudad vieron que no havia Gente de Caballo, buelieron sobre los Españoles, i por fuerza los echaron de las Torres, i de todo el Patio, i circuitos, en que se vieron en mui grande aprieto, i peligro: i como iban mas que retrahendote, hicieron rotro debajo de los Portales del Patio. E como los Enemigos los aquejaban tan ricamente, los desampararon, i se retruxeron à la Plaça, i de alli los echaron por fuerza, hasta los meter por la Calle adelante: en tal manera, que el Tiro que alli estava, lo desampararon. E los Españoles, como no podian sufrir la fuerza de los Enemigos, se retruxeron con mucho peligro: el qual de hecho recibieran, sino que plugò à Dios, que en aquel punto llegaron tres de Caballo, i entran por la Plaça adelante; i como los Enemigos los vieron, creieron que eran mas, i comiençan à huir, i mataron algunos de ellos, i ganaronles el Patio, i circuito, que arriba dije. Y en la Torre mas principal, i alta de èl, que tiene ciento i tantas gradas, fasta llegar à lo alto, hicieronse fuertes alli diez, ò doce Indios Principales de los de la Ciudad, i quatro, ò cinco Españoles subierongela por fuerza: i aunque ellos se defendian bien, gela ganaron, i los mataron à todos. E despues vinieron otros cinco, ò seis de Caballo, i ellos, i los otros echaron vna ceada, en que mataron mas de treinta de los Enemigos. E como à era tarde, Yo mandè recoger la Gente, i que se retruxesen, i al retraer cargaba tanta multitud de los Enemigos, que si no fuera por los de Caballo, fuera imposible no recibir mucho daño los Españoles. Pero como todos aquellos malos pasos de la Calle, i Calçada, donde se esperaba el peligro, al tiempo del retraer Yo los tenia mui bien adobados; i adereçados, i los de Caballo podian por ellos mui bien entrar, i salir, è como los Enemigos venian dando en nuestra Retroguarda,

los de Caballo rebolvian sobre ellos, que siempre alanceaban, ò mataban algunos: è como la Calle era mui larga, ovo lugar de facerle esto quatro, ò cinco veces. E aunque los Enemigos vian que recebian daño, venian los Perros tan rabiosos, que en ninguna manera los podiamos detener, ni que nos dexasen de seguir. E todo el Dia se gastà en esto, sino que ià ellos tenian tomadas muchas Açoteas, que salen à la Calle, i los de Caballo recebian à esta causa mucho peligro: i así nos fuimos por la Calçada adelante à nuestro Real, sin peligrar ningun Español, aunque ovo algunos heridos: è dejamos puesto fuego à las mas, i mejores Casas de aquella Calle, porque quando otra vez entrásemos, dende las Açoteas no nos hiciesen daño. Este mismo Dia, el Alguacil Maior, i Pedro de Alvarado pelearon cada vno por su Estancia mui reciamente con los de la Ciudad: è al tiempo del combate estariamos los vnos de los otros à Legua i media, i à vna Legua; porque se effiende tanto la Poblacion de la Ciudad, que aun disminuio la distancia que ai: i nuestros Amigos, que estaban con ellos, que eran infinitos, pelearon mui bien, i se retruxeron aquel Dia, sin recibir ningun daño.

§. XXVII. Embia treinta mil Indios de socorro à Cortès D. Fernando, Señor de Tezcucó, i se le juntan otros veinte mil. Los de Suchimilco, i Otumpa se reducen. Dà Cortès tres Vergantines à Sandoval, i tres à Alvarado. Toman los Españoles algunas Calçadas, pelean, i queman muchas Casas, i las de su antiguo Alojamiento.

EN este comedio, D. Hernando, Señor de la Ciudad de Tescuco, i Provincia de Aculucàn, de que arriba he fecho relacion à Vuestra Magestad, procuraba de atraer à todos los Naturales de su Ciudad, i Provincia, especialmente los Principales, à nuestra amistad, porque aun no estaban tan confirmados en ella, como despues lo estuvieron, i cada Dia venian al dicho D. Hernando muchos Señores, i Hermanos

suos, con determinacion de ser en nuestro favor, i pelear con los de Mexico, i Temixtitàn: i como D. Hernando era Muchacho, i tenia mucho amor à los Españoles, i conocia la merced, que en Nombre de Vuestra Magestad se le havia hecho en dalle tan gran Señorío, habiendo otros que le precedian en el derecho de èl, trabajaba quanto le era posible, como todos sus Vasallos viniessen à pelear con los de la Ciudad, i ponerse en los peligros, i trabajos, que nosotros: è habló con sus Hermanos, que eran seis, ò siete, todos Mancebos bien dispuestos, i dijoles, que les rogaba, que con toda la Gente de su Señorío viniessen à meaiudar. E à vno de ellos, que se llama Istrifuchil, que es de edad de veinte i tres, ò veinte i quatro Años, mui esforçado, amado, i temido de todos, embiòle por Capitan, i llegó al Real de la Calçada con mas de treinta mil Hombreres de Guerra, mui bien adereçados à su manera: i à los otros dos Reales irian otros veinte mil. E Yo los recebi alegremente, agradeciendoles su voluntad, i obra. Bien podrá Vuestra Cesarea Magestad considerar, si era buen socorro, i buena amistad la de D. Fernando, i lo que sentirian los de Temixtitàn, en ver venir contra ellos à los que ellos tenian por Vasallos, i por Amigos, i Parientes, i Hermanos, i aun Padres, i Hijos.

Dende à dos Dias, el combate de la Ciudad se diò, como arriba he dicho: i venida ià esta Gente en nuestro socorro, los Naturales de la Ciudad de Suchimilco, que està en el Agua, i ciertos Pueblos de Utumies, que es Gento Serrano, i de mas copia que los de Suchimilco, i eran Escavos del Señor de Temixtitàn, se vinieron à ofrecer, i dar por Vasallos de Vuestra Magestad, rogandome, que les perdonase la tardanza; i Yo los recebi mui bien, i folgué mucho con su venida: porque si algun daño podian recibir los de Cuioacán, era de aquellos.

Como por el Real de la Calçada, donde Yo estava, haviamos quemado con los Vergantines muchas Casas de los Arrabales de la Ciudad, i no osaba afomar Canoa ninguna por todo aquello, pareciome, que para nuestra seguridad bastaba tener en torno de nuestro Real siete Vergantines, i por eso acordè de embiar al Real del Alguacil Maior, i al de Pedro de Alvarado, cada tres Vergantines: i encomendé mucho à los Capitanes de ellos, que por que

por la parte de aquellos dos Reales se aprovechaban mucho de la Tierra en sus Canoas, i metian Agua, i Frutas, i Maiz, i otras Vitualas, que corríen de Noche, i de Dia los vnos, i los otros del vn Real al otro; i que demàs de esto, aprovecharian mucho para hacer espaldas à la Gente de los Reales, todas las veces que quisiesen entrar à combatir la Ciudad. E así se fueron estos seis Vergantines à los otros dos Reales, que fue cosa necelaria, i provechosa, porque cada Dia, i cada Noche hacian con ellos saltos maravillosos, i comban muchas Canoas, i Gente de los Enemigos.

Proveido esto, i venida en nuestro socorro, i de Paz la Gente, de que arriba he fecho mencion, habièles à todos, i dijoles, como Yo determinaba de entrar à combatir la Ciudad, dende à dos Dias: por tanto, que todos viniessen para entonces mui à punto de Guerra, i que en aquello conociera si eran nuestros Amigos, i ellos prometieron de lo cumplir así. E otro Dia fice adereçar, i apercebir la Gente, i escreví à los Reales, i Vergantines lo que tenia acordado, i lo que havian de hacer.

Otro Dia por la mañana, despues de haver oido Misa, i informados los Capitanes de lo que havian de hacer, Yo salí de nuestro Real con quinze, ò veinte de Caballo, i treientos Españoles, i con todos nuestros Amigos, que era infinita Gente; i iendo por la Calçada adelante, à tres Tiros de Ballesta del Real estaban ià los Enemigos esparandonos con muchos alaridos: i como en los tres Dias antes no se les havia dado combate, havian desfecho quanto haviamos cegado del Agua, i tenialo mui mas fuerte, i peligroso de ganar, que de antes: los Vergantines llegaron por la vna parte, i por la otra de la Calçada, i como con ellos se podian llegar mui cerca de los Enemigos, con los Tiros, i Escopetas, i Ballestas hacianles mucho daño: i conociendolo, saltan en Tierra, i ganan el Albarrada, i Puente, i començamos à pasar de la otra parte, i dar en pos de los Enemigos: los quales luego se fortalecian en las otras Puentes, i Albarradas, que tenian hechas; las quales, aunque con mas trabajo, i peligro que la otra vez, les ganamos, i les echamos de toda la Calle, i de la Plaga de los Apofentamientos grandes

de la Ciudad. E de alli mandè, que no pasasen los Españoles, porque Yo con la Gente de nuestros Amigos andaba cegando con Piedra, i Adobes toda el Agua, que era tanto de hacer, que aunque para ello ayudaban mas de diez mil Indios, quando se acabo de adereçar, era ià hora de Vilperas. Y en todo este tiempo siempre los Españoles, i nuestros Amigos andaban peleando, i escaramuzgando con los de la Ciudad, i echandoles en que murieron muchos de ellos. E Yo con los de Caballo anduve vn rato por la Ciudad, i alanceabamos por las Calles do no havia Agua los que alcançabamos, de manera, que los teniamos retraidos, i no osaban llegar à lo firme. Viendo que estos de la Ciudad estaban rebeldes, i mostraban tanta determinacion de morir, ò defenderse, cogí de ello dos cosas: la vna, que haviamos de haver poca, ò ninguna de la riqueza, que nos havian tomado; i la otra, que daban ocasion, i nos forçaban à que totalmente los destruyèsemos. E de esta postrera tenia mas sentimiento, i me pesaba en el Alma, i pensaba qué forma ternia para los atemorizar, de manera, que viniessen en conocimiento de su ierro, i del daño que podian recibir de nosotros, i no hacia sino quemalles, i derrocalles las Torres de sus Idolos, i sus Casas. E porque lo sintiesen mas, este Dia fice poner fuego à estas Casas grandes de la Plaga, donde la otra vez que nos echaron de la Ciudad los Españoles, i Yo estabamos apofentados, que eran tan grandes, que vn Principe, con mas de leiscientas Personas de su Casa, i servicio, se podian apofentar en ellas, i otras que estaban junto à ellas, que aunque algo menores, eran mui mas frescas, i gentiles: i tenia en ellas Muteccuma todos los linages de Aves, que en estas partes havia; i aunque à mi me pesò mucho de ello, porque à ellos les pesaba mucho mas, determinè de las quemar, de que los Enemigos mostraron harto pesar; i tambien los otros sus Aliados de las Ciudades de la Laguna: porque estos, ni otros nunca pensaron que nuestra fuerça bastara à les entrar tanto en la Ciudad; i esto les puso harto desmaio.

§. XXVIII. Retirandose los Españoles, pelean con los Enemigos, que los embisten por la espalda. Facciones de los Vergantines. Gana Cortés la maior parte de la Ciudad, con grandes riesgos. Por qué necesitaba todos los Dias de ganar las Calçadas, i Puentes? i peligros al retirarse. Los otros dos Campos, pelean profperamente.

PUESTO fuego à estas Casas, por que ià era tarde, recogí la Gente; para nos bolver à nuestro Real: i como los de la Ciudad veían que nos retraíamos, cargaban infinitos de ellos, i venían con mucho impetu dandonos en la Retroguarda. E como toda la Calle estaba buena para correr los de Caballo, bolvíamos sobre ellos, i alanceabamos de cada buelta muchos de ellos, i por eso no dejaban de nos venir dando grita à las espaldas. Este Día sintieron, i mostraron mucho desmaio, especialmente viendo entrar por su Ciudad quemandola, i destruiendola, i peleando con ellos los de Tefáico, i Calco, i de Sunchimilco, i los Otumies, i nombrandose cada vno de donde era: i por otra parte los de Tascaltecal, que ellos, i los otros les mostraban los de su Ciudad hechos pedaços, diciendoles, que los havian de cenar aquella Noche, i almorçar otro Día, como de hecho lo hacían. E así nos venimos à nuestro Real à descansar, porque aquel Día havíamos trabajado mucho, i los siete Vergantines, que Yo tenía, entraron aquel Día por las Calles del Agua de la Ciudad, i quemaron mucha parte de ella. Los Capitanes de los otros Reales, i los seis Vergantines, pelearon muy bien aquel Día: i de lo que les acaesció, me pudiera muy bien alargar, i por evitar proximidad, lo dejo: mas de que con victoria se retruxeron à sus Reales, sin recibir peligro ninguno.

Otro Día siguiente, luego por la mañana, después de haver oido Misa, torné à la Ciudad por la misma orden, con toda la Gente, porque los Contra-

rios no tuviesen lugar de descegar las Puentes, i hacer las Albarradas: i por bien que madrugamos, de las tres partes, i Calles de Agua, que atravesaban la Calle, que va del Real, falta las Casas grandes de la Plaça, las dos de ellas estaban como los Dias antes, que fueron muy recias de ganar: i tanto, que duró el combate desde las ocho horas, falta la vna después de medio Día, en que se gastaron casi todas las Saetas, i Almacén, i Pelotas, que los Ballesteros, i Escopeteros llevaban. Y crea Vuestra Magestad, que era sin comparacion el peligro en que nos viamos todas las veces que les ganabamos estas Puentes, porque para ganallas era forçado echarse à nado los Españoles, i pasar de la otra parte; i esto no podían, ni osaban hacer muchos, porque à cuchilladas, i à botes de Lança resistían los Enemigos; que no saliesen de la otra parte. Pero como ià por los lados no tenían Açoteas, de donde nos hiciesen daño, i de esta otra parte los asatecábamos, porque estábamos los vnos de los otros vn tiro de herradura, i los Españoles tomaban de cada Día mucho mas animo, i determinaban de pasar, i tambien porque vían, que mi determinacion era aquella, i que caiendo, ò levantando no se havia de hacer otra cosa. Pareçerá à Vuestra Magestad, que pues tanto peligro recibíamos en el ganar de estas Puentes, i Albarradas, que eramos negligentes, ià que las ganabamos, no las sostener; por no tornar cada Día de nuevo à nos ver en tanto peligro, i trabajo, que sin duda era grande, i cierto así pareçerá à los absentes; pero hará Vuestra Magestad, que en ninguna manera se podia hacer: porque para ponerse así en efecto, se requerían dos cosas: ò que el Real pasáramos allí à la Plaça, i circuito de las Torres de los Idolos: ò que Gente guardara las Puentes de Noche, i de lo vno, i de lo otro se recibiera gran peligro, i no havia posibilidad para ello; porque teniendo el Real en la Ciudad, cada Noche, i cada hora, como ellos eran muchos, i nosotros pocos, nos dieran mil rebatos, i peleáran con nosotros, i fuera el trabajo incomportable, i podían darnos por muchas partes. Pues guardar las Puentes Gente de Noche, quedaban los Españoles tan cansados

dos de pelear el Día, que no se podia sufrir poner Gente en guarda de ellos, i à esta causa nos era forçado ganarlas de nuevo cada Día que entrabamos en la Ciudad. Aquel Día, como se tardó mucho en ganar aquellas Puentes, i en las tornar à cegar, no ovo lugar de hacer mas: salvo, que por otra Calle principal, que va à dar à la Ciudad de Tacuba, se ganaron otras dos Puentes, i se cegaron, i se quemaron muchas, i buenas Casas de aquella Calle; i con esto se llegó la tarde, i hora de retraernos, donde recibíamos siempre poco menos peligro, que en el ganar de las Puentes: porque en viendonos retraer, era tan cierto cobrar los de la Ciudad tanto esfuerzo, que no parecia sino que havian havido toda la victoria del Mundo, i que nosotros íbamos huyendo: è para este retraer era necesario estar las Puentes bien cegadas, i lo cegado igual al suelo de las Calles, de manera, que los de Caballo pudiesen libremente correr à vna parte, i à otra: i así en el retraer, como ellos venían tan golosos tras nosotros, algunas veces fingíamos ir huyendo, i rebolvíamos los de Caballo sobre ellos, i siempre tomabamos doce, ò trece de aquellos mas esforçados; i con esto, i con algunas celadas, que siempre les echabamos, contino llevaban lo peor: i cierto verlo era cosa de admiracion, porque por mas notorio que les era el mal, i daño, que al retraer de nosotros recibían, no dejaban de nos seguir, fasta nos ver salidos de la Ciudad. E con esto nos bolvímos à nuestro Real: i los Capitanes de los otros Reales me hicieron saber, como aquel Día les havia sucedido muy bien, i havian muerto mucha Gente por la Mar, i por la Tierra; i el Capitan Pedro de Alvarado, que estaba en Tacuba, me escribió, que havia ganado dos, ò tres Puentes: porque como era en la Calçada, que sale del Mercado de Temixtitàn à Tacuba, i los tres Vergantines, que Yo le havia dado, podían llegar por la vna parte à çaborder en la misma Calçada, no havia tenido tanto peligro como los Dias pasados: i por aquella parte de Pedro de Alvarado havia mas Puentes, i mas Quebradas en la Calçada, aunque havia menos Açoteas, que por las otras partes.

§. XXIX. Rindense los Vecinos de la Laguna, i hacen muchas Casas en el Campo para alojar los Españoles. Ordenase el Asfalto, i quedan victoriosos aquel Día, i el siguiente.

EN todo este tiempo, los Naturales de Iztapalapa, i Oichilobuzco, i Mexicacingo, i Culucacán, i Mizquique, i Cuitaguaca, que como he fecho relacion, están en la Laguna Dulce, nunca havian querido venir de Paz, ni tampoco en todo este tiempo havíamos recebido ningun daño de ellos; i como los de Calco eran muy leales Vasallos de Vuestra Magestad, i veían que nosotros teníamos bien que hacer con los de la Gran Ciudad, juntaronle con otras Poblaciones, que están alrededor de las Lagunas, i hacían todo el daño que podían à aquellos del Agua: i ellos, viendose como de cada Día havíamos victoria contra los de Temixtitàn, i por el daño que recibían, i podían recibir de nuestros Amigos, acordaron de venir, i llegaron à nuestro Real: i rogaronme, que les perdonase lo pasado, i que mandase à los de Calco, i à los otros sus Vecinos, que no les hiciesen mas daño. Y Yo les dije, que me placía, i que no tenía enojo de ellos, salvo de los de la Ciudad; i que para que creciesen que su amistad era verdadera, que les rogaba, que porque mi determinacion era de no levantar el Real, hasta tomar por Paz, ò por Guerra à los de la Ciudad, i ellos tenían muchas Canoas para me ayudar, que hiciesen apercebir todas las que pudiesen, con toda la mas Gente de Guerra, que en sus Poblaciones havia, para que por el Agua viniesen en nuestra ajuda de adelante. Y tambien les rogaba, que porque los Españoles tenían pocas, i ruines Choças, i era tiempo de muchas Aguas, que hiciesen en el Real todas las mas Casas que pudiesen, i que trajesen Canoas, para traer Adobes, i Madera de las Casas de la Ciudad, que estaban mas cercanas al Real. Y ellos dijeron, que las Canoas, i Gente de Guerra estaban apercebidos para cada Día: i en el hacer de las Casas sirvieron tan bien, que de vna parte, i de la otra de las dos Torres de la Calçada, donde Yo estaba aposentado, hicieron tantas, que desde la primera Casa, hasta la postrera,

havria mas de tres, ò quatro tiros de Ballesta. Y vea Vuestra Magestad, que tan ancha puede ser la Calçada, que va por lo mas hondo de la Laguna, que de la vna parte, i de la otra iban estas Casas, i quedaba enmedio hecha Calle, que mui à placer à pie, i à caballo ibamos, i veniamos por ella; i havia à la continua en el Real, con Españoles, i Indios, que les servian, mas de dos mil Personas, porque toda la otra Gente de Guerra, nuestros Amigos, se aposentaban en Cuioacan, que está Legua i media del Real, i tambien estos de estas Poblaciones nos proveian de algunos Mantenimientos, de que teniamos harta necesidad, especialmente de Pescado, i de Cereças, que ai tantas, que pueden bastecer en cinco, ò seis Meses del Año, que duran, à doblada Gen-²⁰te de la que en esta Tierra ai.

Como dos, ò tres Dias arreo haviamos entrado por la parte de nuestro Real en la Ciudad, sin otros tres, ò quatro, que haviamos entrado, i siempre haviamos victoria contra los Enemigos, i con los Tiros, i Ballestas, i Escopetas matabamos infinitos, pensabamos, que de cada hora se movieran à nos acometer con la Paz, la qual deseabamos como à la salvacion: i ninguna cosa nos aprovechaba para los atraer à este proposito; i por los poner en mas necesidad, i ver si los podria contraher de venir à la Paz, propuse de entrar cada Dia en la Ciudad, i combatiellos con la Gente que llevaba, por tres, ò quatro partes, i fice venir toda la Gente de aquellas Ciudades del Agua en sus Canoas: i aquel Dia por la mañana havia en nuestro Real mas de cien mil Hombres, nuestros Amigos. E mandè, que los quatro Vergantines, con la mitad de Canoas, que serian fasta mil i quinientas, fuesen por la vna parte: i que los tres, con otras tantas, que fuesen por otra, i corriesen toda la mas de la Ciudad en torno, i quemasen, i ficiesen todo el mas daño que pudiesen. E Yo entrè por la Calle principal adelante, i fallamosla toda desembaraçada, fasta las Casas grandes de la Plaça, que ninguna de las Puentes estaba abierta, i pasè adelante à la Calle, que va à salir à Tacuba, en que havia otras seis, ò siete Puentes. E de alli provei, que vn Capitán entrase por otra Calle con sesenta, ò setenta Hombres, i seis de Caballo, fuesen à las espaldas, para los asegurar: i con ellos iban mas de diez, ò

doce mil Indios, nuestros Amigos. E mandè à otro Capitán, que por otra Calle ficiese lo mismo: i Yo, con la Gente que me quedaba, seguí por la Calle de Tacuba adelante, i ganamos tres Puentes, las quales se cegaron, i dejamos para otro Dia las otras, porque era tarde, i se pudiesen mejor ganar: porque Yo deseaba mucho, que toda aquella Calle se ganase, porque la Gente del Real de Pedro de Alvarado se comunicase con la nuestra; i pasasen de el vn Real al otro; i los Vergantines ficiesen lo mismo. Y este Dia fue de mucha victoria, así por el Agua, como por la Tierra, i ovoè algun despojo de los de la Ciudad: en los Reales del Alguacil Maior, i Pedro de Alvarado, se ovo tambien mucha victoria.

Otro Dia siguiente bolví à entrar en la Ciudad, por la orden que el Dia pasado, i diònos Dios tanta victoria, que por las partes donde Yo entraba con la Gente, no parecia que havia ninguna resistencia: i los Enemigos se retraian tan reciamente, que parecia que les teniamos ganado las tres quartas partes de la Ciudad, i tambien por el Real de Pedro de Alvarado les daban mucha prisa; sin duda el Dia pasado, i aqueste, Yo tenía por cierto, que vinieran de Paz, de la qual Yo siempre, con victoria, i sin ella, hacia todas las muestras que podia: i nunca por eso en ellos hallabamos ninguna señal de Paz; i aquel Dia nos bolvimos al Real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma, por ver tan determinados de morir, à los de la Ciudad.

§. XXX. Toma Alvarado gran parte de la Ciudad: i precisado à retirarse, pierde quatro Españoles; i orden que diò Cortès para asaltar la Ciudad.

EN estos Dias pasados, Pedro de Alvarado havia ganado muchas Puentes, i por las sustentar, i guardar ponía Velas de Pie, i de Caballo de Noche en ellas, i la otra Gente ibase al Real que estaba tres quartos de Legua de alli. E porque este trabajo era incomportable, acuerdo de pasar el Real al cabo de la Calçada, que va à dár al Mercado de Temixtitán, que es vna Plaça harto maior

maior que la de Salamanca, i toda cercada de Portales à la redonda. E para llegar à ella no le faltaban de ganar sino otras dos, ò tres Puentes; pero eran mui anchas, i peligrosas de ganar: i así estuvo algunos Dias, que siempre peleaba, i havia victoria. E aquel Dia que digo en el Capitulo antes de este, como via que los Enemigos mostraban flaqueça, i que por donde Yo estaba les daba mui continos, i recios combates, cebóse tanto en el sabor de la victoria, i de las muchas Puentes, i Albarradas, que les havia ganado, que determinò de les pasar, i ganar vna Puente, en que havia mas de sesenta pasos desfechos de la Calçada, todo de Agua, de hondura de estado i medio, i dos. E como acometieron aquel mismo Dia, i los Vergantines ayudaron mucho, pasaron el Agua, i ganaron la Puente, i figuen tras los Enemigos, que iban puestos en huida. E Pedro de Alvarado daba mucha prisa, en que se cegase aquel paso, porque pasasen los de Caballo, i tambien porque cada Dia, por escrito, i por palabra, le amonestaba, que no ganase vn palmo de Tierra, sin que quedase mui seguro para entrar, i salir los de Caballo, porque estos facian la Guerra. E como los de la Ciudad vieron, que no havia mas de quarenta, ò cinquenta Españoles de la otra parte, i algunos Amigos nuestros, i que los de Caballo no podian pasar, rebuelven sobre ellos tan de supito, que los ficeron bolver las espaldas, i echar al Agua: i tomaron vivos tres, ò quatro Españoles, que luego fueron à sacrificar, i mataron algunos Amigos nuestros. E al fin Pedro de Alvarado se retrajo à su Real: i como aquel Dia Yo llegué al nuestro, i supe lo que le havia acaescido, fue la cosa del Mundo, que mas me pesò, porque era ocasion de dár esfuergo à los Enemigos, i creer, que en ninguna manera les osaríamos entrar. La causa porque Pedro de Alvarado quiso tomar aquel mal paso, fue, como digo, ver que havia ganado mucha parte de la fuerza de los Indios, i que ellos mostraban alguna flaqueça: i principalmente, porque la Gente de su Real le importunaban, que ganasen el Mercado; porque aquel ganado, era toda la Ciudad casi tomada, i toda su fuerza, i esperança de los Indios tenían alli; i como los del dicho Real de Alvarado veian, que Yo continuaba mucho los combates de

la Ciudad, creian que Yo havia de ganar primero que ellos el dicho Mercado: i como estaban mas cerca de él, que nosotros, tenían por caso de honra no le ganar. E por esto el dicho Pedro de Alvarado era mui importunado: i lo mismo me acaescia à mi en nuestro Real, porque todos los Españoles me ahincaban mui recio, que por vna de tres Calles, que iban à dár al dicho Mercado, entrásemos, porque no teniamos resistencia; i ganado aquel, teniamos menos trabajo: i Yo disimulaba por todas las vias que podia, por no lo hacer, aunque les encubria la causa: i esto era por los inconvenientes, i peligros, que se me representaban, porque para entrar en el Mercado havia infinitas Açoetas, i Puentes, i Calçadas rompidas: i en tal manera, que cada Casa por donde haviamos de ir, estaba hecha como Isla enmedio del Agua.

Como aquella tarde, que llegué al Real, supe del desbarato de Pedro de Alvarado, otro Dia de mañana acordè de ir à su Real, para le reprehender lo pasado, i para ver lo que havia ganado, i en que parte havia pasado el Real, i para le avisar de lo que fuese mas necesario para su seguridad, i ofensa de los Enemigos. E como Yo llegué à su Real, sin duda me espantè de lo mucho que estaba metido en la Ciudad, i de los malos pasos, i Puentes, que les havia ganado; i visto, no le imputè tanta culpa, como antes parecia tener: i platicado cerca de lo que havia de hacer, Yo me bolví à nuestro Real aquel Dia.

Pasado esto, Yo fice algunas entradas en la Ciudad por las partes que solia, i combatian los Vergantines, i Canoas por dos partes, i Yo por la Ciudad por otras quatro, i siempre haviamos victoria, i se mataba mucha Gente de los Contrarios, porque cada Dia venia Gente sin numero en nuestro favor. E Yo dilataba de me meter mas adentro en la Ciudad: lo vno, por ver si evocarían el proposito, i dureça que los Contrarios tenían; i lo otro, porque nuestra entrada no podia ser sin mucho peligro, porque ellos estaban mui juntos, i fuertes, i mui determinados de morir. Y como los Españoles veian tanta dilacion en esto, i que havia mas de veinte Dias, que nunca dejaban de pelcar, importunabanme en gran manera, como arriba he dicho, que entrásemos, i tomásemos el Mercado; por-

que ganado, à los Enemigos les quedaba poco lugar, donde se defender: i que si no se quisiesen dar, que de hambre, i sed se moririan, porque no ternian que beber, sino Agua salada de la Laguna. Y como Yo me escufaba, el Tesorero de Vuestra Magestad me dijo, que todo el Real afirmaba aquello, i que lo debia de hacer; i à èl, i à otras Personas de bien, que allí estaban, les respondi, que su proposito, i deseo era mui bueno, i que Yo lo deseaba mas que nadie; pero que Yo lo dejaba de hacer, por lo que con importunacion me hacian decir, que era, que aunque èl, i otras Personas lo hiciesen como buenos, como en aquello se ofrecia mucho peligro, harria otros que no lo hiciesen. Y al fin, tanto me forgaron, que Yo pudiese, que se haria en este caso lo que Yo pudiese, concertandose primero con la Gente de los otros Reales.

Otro Dia me juntè con algunas Personas Principales de nuestro Real, i acordamos de hacer saber al Alguacil Maior, i à Pedro de Alvarado, como otro Dia siguiente haviamos de entrar en la Ciudad, i trabajar de llegar al Mercado: i escriviles lo que ellos havian de hacer por la parte de Tacuba; i demàs de lo escrivir, para que mejor fuesen informados, embieles dos Criados mios, para que les avisasen de todo el negocio; i la orden que havian de tener era, que el Alguacil Maior se viniese con diez de Caballo, i cien Peones, i quinze Ballesteros, i Escopeteros, al Real de Pedro de Alvarado, i que en el suio quedasen otros diez de Caballo, i que dejase concertado con ellos, que otro Dia, que havia de ser el Combate, se pusiesen en celadas tras vnas Casas, i que hiciesen algar todo su Fardage, como que levantaban el Real, porque los de la Ciudad saliesen tras de ellos, i la celada les diese en las espaldas; i que el dicho Alguacil Maior, con los tres Vergantines que tenia, i con los otros tres de Pedro de Alvarado, ganase aquel paso malo, donde desbarataron à Pedro de Alvarado, i diese mucha priesa en lo cegar: i que pasasen adelante, i que en ninguna manera se alejasen, ni ganasen vn paso, sin lo dejar primero ciego, i adereçado: i que si pudiesen, sin mucho riesgo, i peligro, ganar hasta el Mercado, que lo trabajasen mucho, porque Yo havia de hacer lo mismo: que mirasen, que aunque esto les embiaba à decir, no era para los obligar à ganar

vn paso solo, de que les pudiese venir algun desbarato, ò desmàn; i esto les avisaba, porque conocia de sus Personas, que havian de poner el rostro donde Yo les dijese, aunque supiesen perder las vidas. Despachados aquellos dos Criados mios con este recaudo, fueron al Real, i hallaron en èl à los dichos Alguacil Maior, i à Pedro de Alvarado, à los quales significaron todo el caso, segun que acà en nuestro Real lo teniamos concertado. E porque ellos havian de combatir por sola vna parte, i Yo por muchas, embieles à decir, que me embiasen setenta, ò ochenta Hombres de Pic, para que otro Dia entrasen conmigo; los quales, con aquellos dos Criados mios, vinieron aquella Noche à dormir à nuestro Real, como Yo les havia embiado à mandar.

§. XXXI. *Entra Cortès en la Ciudad, i en què modo dividio su Gente, i lo que la advirtio, estando peleando. Rotos los Españoles, se ve Cortès en gran peligro: i como salio de èl, aunque herido. Españoles, à Indios, que murieron, i sacrificaron los Indios.*

ADA la orden ià dicha, otro Dia, despues de haver oido Misa, salieron de nuestro Real los siete Vergantines, con mas de tres mil Canoas de nuestros Amigos, i Yo con veinte i cinco de Caballo, i con la Gente que tenia, i los setenta Hombres del Real de Tacuba, seguimos nuestro Camino, i entramos en la Ciudad: à la qual llegados, Yo reparti la Gente de esta manera: Havia tres Calles, dende lo que teniamos ganado, que iban à dar al Mercado, al qual los Indios llaman Tianguizco, i à todo aquel sitio donde està, llamante Tatlulco: i la vna de estas tres Calles era la principal, que iba al dicho Mercado, i por ella dije al Tesorero, i Contador de Vuestra Magestad, que entrasen con setenta Hombres, i con mas de quinze, ò veinte mil Amigos nuestros, i que en la Retroguarda llevasen siete, ò ocho de Caballo, i como fuesen ganando las Puentes, i Albarradas, las fuesen cegando, i llevaban vna docena de Hombres con sus

Agadones, i mas nuestros Amigos, que eran los que hacian al caso para el cegar de las Puentes. Las otras dos Calles van dende la Calle de Tacuba à dar al Mercado, i son mas angostas, i de mas Calçadas, i Puentes, i Calles de Agua: i por la mas ancha de ellas mande à dos Capitanes, que entrasen con ochenta Hombres, i mas de diez mil Indios nuestros Amigos, i al principio de aquella Calle de Tacuba dejè dos Tiros gruesos con ocho de Caballo, en guarda de ellos; è Yo con otros ocho de Caballo, i con obra de cien Peones, en que havia mas de veinte i cinco Ballesteros, i Escopeteros, i con infinito numero de nuestros Amigos, segui mi camino, para entrar por la otra Calle angosta, todo lo que mas pudiese. E à la boca de ella hice detener à los de Caballo, i mandèles, que en ninguna manera pasasen de allí, ni viniesen tras mi, sino gelo embiasen à mandar primero, i Yo me apeè, i llegamos à vna Albarrada, que tenian del cabo de vna Puente: i con vn Tiro pequeño de Campo, i con los Ballesteros, i Escopeteros se la ganamos, i pasamos adelante por vna Calçada, que tenian rota por dos, ò tres partes. E demàs de estos tres combates, que dabamos à los de la Ciudad, era tanta la Gente de nuestros Amigos, que por las Açotecas, i por otras partes les entraban, que no parecia que havia cosa, que nos pudiese ofender. E como les ganamos aquellas dos Puentes, i Albarradas, i la Calçada los Españoles, nuestros Amigos siguieron por la Calle adelante, sin les amparar cosa ninguna: i Yo me quedè con obra de veinte Españoles, en vna Isleta, que allí se hacia, porque veia que ciertos Amigos nuestros andaban embueltos con los Enemigos, i algunas veces los retraian, hasta los hechar al Agua, i con nuestro favor rebolvian sobre ellos. E demàs de esto guardabamos, que por ciertas traviesas de Calles los de la Ciudad no saliesen à tomar las espaldas à los Españoles, que havian seguido la Calle adelante; los quales, en esta façon, me embiaron à decir, que havian ganado mucho, i que no estaban mui lejos de la Plaga de el Mercado, que en todo caso querian pasar adelante, porque ià oian el combate, que el Alguacil Maior, i Pedro de Alvarado daban por su Estancia. E Yo les embie à decir, que en ninguna manera diesen paso adelante, sin que pri-

mero las Puentes quedasen mui bien ciegas, de manera, que si tuviesen necesidad de se retraer al Agua, no les ficieste estorvo, ni embaraço alguno, pues sabian, que en todo aquello estava el peligro, i ellos me tornaron à decir, que todo lo que havian ganado estava bien reparado, que fuese allí, i lo veria si era así; i Yo, con recelo que no se desmandasen, i dejasen ruin recaudo en el cegar de las Puentes, fui allí, i hallè que havian pasado vna Quebrada de la Calle, que era de diez, ò doce pasos en ancho, i el Agua, que por ella pasaba era de hondura de mas de dos estados: i al tiempo que la pasaron, havian echado en ella Madera, i Cañas de Carriço: i como pasaban pocos à pocos, i con tiento, no se havia huido la Madera, i Cañas; i ellos, con el placer de la victoria, iban tan embebecidos, que pensaban que quedaba mui sijo. E al punto que Yo lleguè à aquella Puente de Agua cuidada, vi que los Españoles, i muchos de nuestros Amigos venian puestos en mui gran huida, i los Enemigos, como Perros, dando en ellos; i como Yo vi tan gran desmàn, comencè à dar voces: *Tener, tener*: i ià que Yo estava junto al Agua, hallè la toda llena de Españoles, i Indios, i de manera que no parecia que en ella oviesen echado vna Paja. E los Enemigos cargaron tanto, que matando en los Españoles, se echaban al Agua tras ellos: i ià por la Calle del Agua venian Canoas de los Enemigos, i tomaban vivos à los Españoles. E como el negocio fue tan de supito, i vi que me mataban la Gente, determinè de me quedar allí, i morir peleando; i en lo que mas aprovechabamos Yo, i los otros, que allí estaban conmigo, era en dar las manos à algunos tristes Españoles, que se ahogaban, para que saliesen à fuera, i los vnos salian heridos, i los otros medio ahogados, i otros sin Armas, i embiabalos que se fuesen adelante: i ià en esto cargaba tanta Gente de los Enemigos, que à mi, i à otros doce, ò quinze, que conmigo estaban, nos tenian por todas partes cercados. E como Yo estava mui metido en focorrer à los que se ahogaban, no miraba, ni me acordaba del daño que podia recebir, i ià me venian à asir ciertos Indios de los Enemigos, i me llevàran, sino fuera por vn Capitan de cinquenta Hombres, que Yo traia siempre conmigo, i por vn Mancebo de su Compañia, el qual, despues de

de Dios, me dio la vida: è por darme-
la, como valiente Hombre, perdió allí
la suia. En este comedio, los Españoles
que salian desbaratados, ibante por aque-
lla Calçada adelante: i como era pe-
queña, i angosta, i igual al Agua, que
los Perros la havian hecho anti de in-
dustria, i iban por ella tambien desba-
ratados muchos de los nuestros Ami-
gos, iba el Camino tan embarçado, i
tardaban tanto en andar, que los Ene-
migos tenian lugar de llegar por el
Agua de la vna parte, i de la otra, i
tomar, i matar quantos querian. Y aquel
Capitan, que estava conmigo, que se
dice Antonio de Quiñones, dijome:
*Vamos de aqui, i salvemos vuestra Per-
sona, pues sabeis que sin ella ninguno de
nuestros puede escapar: i no podia acabar
comigo, que me fuese de alli. Y como
esto vió, asfome de los brazos, para
que diésemos la buelta, i aunque Yo
holgára mas con la muerte, que con
la vida, por importunacion de aquel Ca-
pitan, i de otros Compañeros que allí
estaban, nos comencamos à retrair, pe-
leando con nuestras Espadas, i Rodelas
con los Enemigos, que venian hirien-
do en nosotros. Y en esto llega vn Cri-
ado mio à caballo, i hizo algun poqui-
to de lugar; pero luego dende vna
Açotea baja le dieron vna lançada por
la garganta, que le hicieron dar la
buelta; i estando en este tan gran con-
sulto, esperando que la Gente pasase por
aquella Calçadilla à ponerse en salvo, i
nosotros deteniendo los Enemigos, lle-
gó vn Moço mio con vn Caballo, pa-
ra que calvasse; porque era tanto el
lodo, que havia en la Calçadilla, de
los que entraban, i salian por el Agua,
que no havia Persona que se pudiese
tener, maiormente con los empellones,
que los vnos à otros se daban, por sal-
varse. E Yo cavalgue, pero no para
pelear, porque allí era imposible pode-
rlo hacer à caballo; porque si pudiera
ser, antes de la Calçadilla, en vna Is-
leta se havian hallado los ocho de Ca-
ballo, que Yo havia dejado, i no ha-
vian podido hacer menos de se bolver
por ella; i aun la buelta era tan peli-
grofa, que dos Iguas, en que iban dos
Criados mios, caieron de aquella Cal-
çadilla en el Agua, i la vna mataron
los Indios, i la otra salvaron vnos Peo-
nes; i otro Mancebo, Criado mio, que
se decia Christoval de Guzmán, caval-
gó en vn Caballo, que allí en la Isleta
le dieron, para me lo llevar, en que
me pudiese salvar, i à el, i al Caballo,
antes que à mi llegase, mataron los Ene-
migos: la muerte del qual puso à todo
el Real en tanta tristeza, que fasta oí
esta reciente el dolor de los que lo co-
noscian. E à con todos nuestros traba-
jos, plugó à Dios, que los que quedamos,
salimos à la Calle de Tacuba, que era
bien ancha; i recogida la Gente, Yo
con nueve de Caballo, me quedé en la
Retroguarda: i los Enemigos venian con
tanta victoria, i orgullo, que no pare-
cia sino que ninguno havian de dejar à
vida; i retraiendome lo mejor que pu-
de, embié à decir al Tesorero, i al
Contador, que se retruxesen à la Pla-
ça con mucho concierto: lo mismo em-
bié à decir à los otros dos Capitanes,
que havian entrado por la Calle, que
iba al Mercado; i los vnos, i los otros
havian peleado valientemente, i gana-
do muchas Albarradas, i Puentes, que
havian muy bien cegado; lo qual fue
causa de no recebir daño al retrair. E
antes que el Tesorero, i Contador se
retruxesen, à los de la Ciudad, por en-
cima de vna Albarrada, donde peleaban,
les havian echado dos, ó tres cabeças de
Christianos; aunque no supieron por
entonces si eran de los del Real de Pe-
dro de Alvarado, ó del nuestro. Y re-
cogidos todos à la Plaça, cargaba por
todas partes tanta Gente de los Ene-
migos sobre nosotros, que teniamos bien
que facer en los desviar: i por lugares,
i partes, donde antes de este desbara-
to no osaran esperar à tres de Caballo, i
à diez Peones; i incontinentemente, en vna
Torre alta de sus Idolos, que estava
allí junto à la Plaça, pusieron muchos
perfumes, i sahumerios de vnas Gomas,
que ai en esta Tierra, que parece mu-
cho à Anime: lo qual ellos ofrecen à
sus Idolos, en señal de victoria; i aun-
que quixeramos mucho estorvarse, no
se pudo hacer, porque à la Gente, à
mas andar, se iban ácia el Real. En es-
te desbarato mataron los Contrarios
treinta i cinco, ó quarenta Españoles,
i mas de mil Indios nuestros Amigos,
i hirieron mas de veinte Christianos, i
Yo salí herido en vna pierna: perdióse
el Tiro pequeño de Campo, que havia-
mos llevado, i muchas Ballestas, i Es-
copetas, i Armas. Los de la Ciudad,
luego que ovieron la Victoria, por ha-
cer desmaiarse al Alguacil Maior, i Pedro
de Alvarado, todos los Españoles, vivos,
i muertos, que tomaron, los llevaron
al Tatebulco, que es el Mercado, i en
vnas*

vnas Torres altas, que allí están, desnu-
dos, los sacrificaron, i abrieron por los
pechos, i les facaron los coraçones para
ofrecer à los Idolos; lo qual los Espano-
les del Real de Pedro de Alvarado pudie-
ron ver bien de donde peleaban, i en los
cuerpos desnudos, i blancos, que vieron
sacrificar, conocióron que eran Christia-
nos: i aunque por ello ovieron gran tris-
teça, i desmaio, se retraxeron à su Real,
haviendo peleado aquel Dia muy bien, i
ganado casi hasta el dicho Mercado: el
qual aquel Dia se acabara de ganar, si
Dios, por nuestros pecados, no permiti-
era tan gran desmaio: nosotros fuimos
à nuestro Real con gran tristeza, algo
mas temprano que los otros Dias nos to-
llamos retrair: i tambien porque nos de-
cian, que los Vergantines eran perdi-
dos, porque los de la Ciudad con las Ca-
noas nos tomaban las espaldas, aunque
plugó à Dios, que no fue así, puesto
que los Vergantines, i las Canoas de
nuestros Amigos se vieron en harto es-
trecho: i tanto, que vn Vergantin se
eró poco de perder, i hirieron al Capi-
tan, i Maestro de él, i el Capitan mu-
rió desde à ocho Dias. Aquei Dia, i la
Noche siguiente los de la Ciudad hacian
muchos regocijos de Bocinas, i Atabales,
que parecia que se hundian, i abrieron
todas las Calles, i Puentes del Agua, co-
mo de antes las tenian, i llegaron à po-
ner sus Fuegos, i Velas de Noche à dos
tiros de Ballesta de nuestro Real; i como
todos salimos tan desbaratados, i heridos,
i sin Armas, havia necesidad de descansar,
i rehacernos. En este comedio los de la
Ciudad tuvieron lugar de embiar sus
Mensajeros à muchas Provincias à ellos
sujetos, à decir, como havian havido mu-
cha victoria, i muerto muchos Christia-
nos, i que muy presto nos acabarían: que
en ninguna manera tratasen Paz con no-
sotros; i la creencia que llevaban, eran
las dos cabeças de Caballos, que mataron,
i otras algunas de los Christianos, las
quales anduvieron mostrando por donde
à ellos parecia que convenia, que fue
mucha ocasión de poner en mas contu-
macia à los rebeldes, que de antes: mas
con todo, porque los de la Ciudad no to-
masen mas orgullo, ni sintiesen nuestra
flaqueça, cada Dia algunos Españoles de
Pie, i de Caballo, con muchos de nues-
tros Amigos, iban à pelear à la Ciudad,
aunque nunca podian ganar mas de al-
gunas Puentes de la primera Ca-
lle, antes de llegar à
la Plaça.

§. XXXII. Embia socorro Cor-
tès à Quernaquacac, i logra Victo-
ria. Admirable faccion, que hizo el
Señor Cbechimitatele en vn
Asalto à Temixti-
tàn.

DEnde à dos Dias del desbarato, que
ià se sabia por toda la Comarca,
los Naturales de vna Poblacion,
que se dice Quernaquacac, que eran su-
jetos à la Ciudad, i se havian dado por
nuestros Amigos, vinieron al Real, i di-
jeronme, como los de la Poblacion de
Marinalco, que eran sus Vecinos, les
hacian mucho daño, i les destruian su
Tierra, i que agora se juntaban con los
de la Provincia de Cuico, que es gran-
de, i querian venir sobre ellos à los mar-
tar, porque se havian dado por Vasallos
de Vuestra Magestad, i nuestros Amigos:
i que decian, que después de ellos des-
truidos, havian de venir sobre nosotros,
i aunque lo pasado era tan de poco tiem-
po acaescido, i teniamos necesidad an-
tes de ser socorridos, que de dar socorro,
porque ellos me lo pedian con mu-
cha instancia, determiné de se lo dar,
i aunque tuve mucha contradiccion, i
decian que me destruia en sacar Gente
del Real, despaché, con aquellos que
pedian socorro, ochenta Peones, i diez
de Caballo con Andrés de Tapia, Capi-
tan, al qual encomendé mucho, que
siese lo que mas convenia al servicio
de Vuestra Magestad, i nuestra seguri-
dad, pues via la necesidad en que esta-
bamos, i que en ir, i bolver no estu-
viese mas de diez Dias: i él se partió
i llegado à vna Poblacion pequeña, que
está entre Marinalco, i Coadnoacac,
halló à los Enemigos, que le estaban es-
perando: i él, con la Gente de Coadnoa-
cac, i con la que llevaba, començó su
Batalla en el Campo: pelearon tan bien
los nuestros, que desbarataron los Ene-
migos, i en el alcance los figuieron,
fasta los meter en Marinalco, que está
asentado en vn Cerro muy alto, i don-
de los de Caballo no podian subir, i
viendo esto, destruyeron lo que estava
en el llano, i bolvieron à nuestro Real
con esta Victoria, dentro de los diez
Dias. En lo alto de esta Poblacion de
Marinalco ai muchas Fuentes de muy
buena Agua, i es muy fresca cosa.

En tanto que este Capitan fue, i vino a este socorro, algunos Españoles de Pie, i de Caballo, como he dicho, con nuestros Amigos, entraban a pelear a la Ciudad, falta cerca de las Casas grandes, que estan en la Plaza, i de alli no podian pasar, porque los de la Ciudad tenian abierta la Calle de Agua, que esta a la boca de la Plaza, i estaba mui honda, i ancha: i de la otra parte tenian vna mui grande, i fuerte Albarrada, i alli peleaban los vnos con los otros, falta que la Noche los despartio.

Un Señor de la Provincia de Tascaltecal, que se dice Chichimecatecle, de que atrás he fecho relacion, que trajo la tablaçon, que se hizo en aquella Provincia para los Vergantines, desde el principio de la Guerra refudia con toda su Gente en el Real de Pedro de Alvarado: i como via que por el desbarato pasado los Españoles no peleaban como solian, determinò, sin ellos, de entrar el con su Gente a combatir los de la Ciudad, dejando quatrocientos Flecheros de los suyos a vna Puente quitada de Agua, bien peligrosa, que ganò a los de la Ciudad: lo qual nunca acacia sin ayuda nuestra, paso adelante con los Suios, i con mucha grita, apellidando, i nombrando a su Provincia, i Señor, pelearon aquel Dia mui reciamente, i ovo de vna parte, i de otra muchos heridos, i muertos: i los de la Ciudad bien tenian creido, que los tenian asidos; porque como es Gente, que al retraer, aunque sea sin victoria, figuen con mucha determinaron; pensaron, que al pasar del Agua, donde suele ser cierto el peligro, se havian de vengar mui bien de ellos. E para este efecto, i socorro Chichimecatecle havia dejado junto al paso del Agua los quatrocientos Flecheros: i como à se venian retratando, los de la Ciudad cargaron sobre ellos mui de golpe, i los de Tascaltecal echaronse al Agua, i con el favor de los Flecheros pasaron; i los Enemigos, con la resistencia que en ellos fallaron, se quedaron, i aun bien espantados de la osadia, que havia tenido Chichimecatecle.

§. XXXIII. Cortès scorre a Matalcingo con Sandoval: vence, i se dan por Subditos los Señores, i los de Marinalco, i Guifcon.

DEnde a dos Dias, que los Españoles vinieron de hacer Guerra a los de Marinalco, segun que Vuestra Magestad havrà visto en los Capítulos antes de este, llegaron a nuestro Real diez Indios de los Otumies, que eran Esclavos de los de la Ciudad: i como he dicho, havianse dado por Vasallos de Vuestra Magestad, i cada Dia venian en nuestra ayuda a pelear; i dijeronme, como los Señores de la Provincia de Matalcingo, que son sus Vecinos, les facian Guerra, i les destruian su Tierra, i les havian quemado vn Pueblo, i llevados alguna Gente, i que venian destruyendo quanto podian, i con intencion de venir a nuestros Reales, i dar sobre nosotros, porque i a lo mas de esto dimos credito, porque de pocos Dias a aquella parte, cada vez que entrabamos a pelear, nos amagaban con los de esta Provincia de Matalcingo: de la qual, aunque no teniamos mucha noticia, bien sabiamos que era grande, i que estaba veinte i dos Leguas de nuestros Reales: i en la queja que estos Otumies nos daban de aquellos sus Vecinos, daban a entender, que les diémos socorro: i aunque lo pedian en mui recio tiempo, confiando en el ayuda de Dios, i por quebrar algo las alas a los de la Ciudad, que cada Dia nos amagaban con estos, i mostraban tener esperança en ser de ellos socorridos: i este socorro de ninguna parte se podia venir, si de estos no, determinè de embiar allà a Gonzalo de Sandoval, Alguacil Maior, con diez i ocho de Caballo, i cien Bcones, en que havia solo vn Ballestero, el qual se partio con ellos, i con otra Gente de los Otumies nuestros Amigos: i Dios sabe el peligro en que todos ellos iban, i aun el en que nosotros quedabamos, pero como nos convenia mostrar mas esfuerço, i animo, que nunca, i morir peleando, disimulabamos nuestra flaqueça, así con los Amigos, como con los Enemigos: pero muchas, i muchas veces decian los Españoles, que pluguiese a Dios, que con las vidas los dejasen, i se viesen vencedores contra los de la Ciudad, aunque en ella, ni en toda

la Tierra no oviesen otro interese, ni provecho: por dò se conosiera la aventura, i necesidad estrema en que teniamos nuestras personas, i vidas. El Alguacil Maior fue aquel Dia a dormir a vn Pueblo de los Otumies, que esta frontero de Matalcingo; i otro Dia mui de mañana se partio, i llevo a vnas Esclavias de los dichos Otumies, las quales hallò sin Gente, i mucha parte de ellas quemadas; illegando mas a lo llano, junto a vna Ribera hallò mucha Gente de Guerra de los Enemigos, que havian acabado de quemar otro Pueblo: i como le vieron, comengaron a dar la buelta, i por el camino que llevaban en pos de ellos, hallaban muchas cargas de Maiz, i de Niños asidos, que traian para su provision, las quales havian dejado, como havian sentido ir los Españoles; i pasado vn Rio, que alli estaba mas adelante en lo llano, los Enemigos comengaron a reparar: i el Alguacil Maior, con los de Caballo, rompiò por ellos, i desbaratòlos; i puestos en huida, tiraron su esmino derecho a su Pueblo de Matalcingo, que estaba cerca de tres Leguas de alli: i en todas durò el alcance de los de Caballo, falta los encerrar en el Pueblo, i alli esperaron a los Españoles, i a nuestros Amigos, los quales venian matando en los que los de Caballo atajaban, i dejaban atrás; i en este alcance murieron mas de dos mil de los Enemigos. Llegados los de Pie, donde estaban los de Caballo, i nuestros Amigos, que palaban de seiscientos mil Hombres, comengaron a ir acia el Pueblo, adonde los Enemigos hicieron rostro, en tanto que las Mugerres, i los Niños, i sus Haciendas se ponian en salvo, en vna Fuerça, que estaba en vn Cerro mui alto, que estaba alli junto. Pero como dieron de golpe en ellos, hicieronlos tambien retraer a la Fuerça, que tenian en aquella altura, que era mui agra, i fuerte, i quemaron, i robaron el Pueblo en mui breve espacio: i como era tarde, el Alguacil Maior no quiso combatir la Fuerça, i tambien porque estaban mui cansados, porque todo aquel Dia havia peleado: los Enemigos toda la mas de la Noche dependieron en dar alarides, i hacer mucho estruendo de Atabales, i Bocinas.

Otro Dia de mañana, el Alguacil Maior con toda la Gente, comengò a guiar, para subirles a los Enemigos aquella Fuerça, aunque con temor de se

ver en trabajo en la resistencia; i llegados, no vieron Gente ninguna de los Contrarios. E ciertos Indios Amigos nuestros descendian de lo alto, i dijeron que no havia nadie, i que al quarto del Alva se havian ido todos los Enemigos; estando así, vieron por todos aquellos llanos de la redonda mucha Gente, i eran los Otumies. E los de Caballo, creiendo que eran los Enemigos, corrieron acia ellos, i alancearon tres, o quatro: i como la Lengua de los Otumies es diferente de esta otra de Cuiña, no los entendian, mas de como echaban las Armas, i se venian para los Españoles: i todavia alancearon tres, o quatro; pero ellos bien entendieron, que havia sido por no los conocer. E como los Enemigos no esperaron, los Españoles acordaron de se volver por otro Pueblo suyo, que tambien estaba de Guerra; pero como vieron venir tanto poder sobre ellos, falleronle de Paz; i el Alguacil Maior habló con el Señor de aquel Pueblo, i dijole, que si sabia, que Yo recibia con buena voluntad a todos los que se venian a oficiar por Vasallos de Vuestra Magestad, aunque fuesen mui culpados: que le rogaba, que fuese a hablar con aquellos de Matalcingo, para que se viniesen a mí: i profusole de lo hacer así, i de traer de Paz a los de Marinalco, i así se volvió el Alguacil Maior con esta Victoria a su Real. E aquel Dia algunos Españoles estaban peleando en la Ciudad, i los Ciudadanos havian embiado a decir, que fuese alla nuestra Lengua, porque querian hablar sobre la Paz: la qual, segun pareció, ellos no querian sino con condicion, que nos fuésemos de toda la Tierra: lo qual hicieron, sin que los dejásemos algunos Dias descansar, i fornecierle de lo que havian menester, aunque nunca de ellos alcansamos dejar de tener voluntad de pelear siempre con nosotros; i estando así platicando con la Lengua mui cerca los Nuefitos de los Enemigos, que no havia sino vna Puente quitada en medio, vn Viejo de ellos, alli a vista de todos, sacò de su Mochilla, mui de espacio, ciertas cosas, que comió, por nos dar a entender, que no tenian necesidad, porque nosotros les deciamos, que alli se havian de morir de hambre; i nuestros Amigos decian a los Españoles, que aquellas Paces eran falsas, que peleasen con ellos: i aquel Dia no se peleò mas, porque los Principales dijeron a la Lengua, que me hablase.

Dende à quatro Dias, que el Alguacil Maior vino de la Provincia de Matalcingo, los Señores de ella, i de Marinaico, i de la Provincia de Cuitcon, que es grande, i mucha cosa, i estaban también rebelados, vinieron à nuestro Real, i pidieron perdon de lo pasado, i ofrecieronse de servir muy bien: i así lo hicieron, i han fecho hasta agora.

§. XXXIV. Embisten de Noche los Mexicanos el Campo de Pedro de Alvarado; i resistidos, se buelven à la Ciudad. Resuelve Cortés derribar quanto ganase en ella.

EN tanto que el Alguacil Maior fue à Matalcingo, los de la Ciudad acordaron de salir de Noche, i dar en el Real de Alvarado: i al quarto del Alva dan de golpe. E como las Velas de Caballo, i de Pie lo sintieron, apellidaron de llamar *al Ayra*: i los que allí estaban arremetieron à ellos; como los Enemigos sintieron los de Caballo, echaronse al Agua: i en tanto llegan los nuestros, i pelearon mas de tres horas con ellos: i nosotros oimos en nuestro Real vn Tiro de Campo, que tiraba, i como teniamos recelo no los desbaratasen, Yo mandé armar la Gente para entrar por la Ciudad, para que asofasen en el combate de Alvarado; i como los Indios fallaron tan recios à los Españoles, acordaron de se volver à su Ciudad: i nosotros aquel Dia fuimos à pelear à la Ciudad.

En esta çagon, ià los que haviamos salido heridos del desbarato, estabamos buenos, i à la Villa Rica havia aportado vn Navio de Juan Ponce de Leon, que havian desbaratado en la Tierra, ò Isla Florida: i los de la Villa embiaronme cierta Polvora, i Ballestas, de que teniamos muy estrema necesidad: i à, gracias à Dios, por aqui à la redonda no teniamos Tierra, que no fuese en nuestro favor; i Yo, viendo como estos de la Ciudad estaban tan rebeldes, i con la maior muestra, i determinacion de morir, que nunca Generacion tuvo, no sabia que medio tener con ellos, para quitarnos à nosotros de tantos peligros, i trabajos, i à ellos, i à su Ciudad no los acabar de

destruir, porque era la mas hermosa cosa del Mundo: i no nos aprovechaba decilles, que no haviamos de levantar los Reales, ni los Vergantines havian de cesar de les dar Guerra por el Agua, ni que haviamos destruido à los de Matalcingo, i Marinaico, i que no tenian en toda la Tierra quien los pudiese socorrer, ni tenian de donde haver Maiz, ni Carne, ni Frutas, ni Agua, ni otra cosa de mantenimiento. E quanto mas de estas cosas les deciamos, menos muestra viamos en ellos de flaqueza: mas antes en el pelear, i en todos sus ardidés, los hallabamos con mas animo, que nunca. E Yo, viendo que el negocio palaba de esta manera, i que havia ià mas de quarenta i cinco Dias que estabamos en el Cerezo, acordé de tomar vn medio para nuestra seguridad, i para poder mas estrechar à los Enemigos; i fue, que como fuésemos ganando por las Calles de la Ciudad, que fueren derrocando todas las Casas de ellas, del vn lado, i del otro; por manera, que no fuésemos vn paso adelante, sin lo dejar todo asofado, i lo que era Agua, hacedlo Tierra firme, aunque oviese toda la dilacion, que se pudiese seguir. E para questo Yo llamé à todos los Señores, i Principales nuestros Amigos, i dijeles lo que tenia acordado: por tanto, que ficiesen venir mucha Gente de sus Labradores, i trujesen sus Coas, que son vnos Palos, de que se aprovechan tanto como los Cabadores en España de Açada; i ellos me respondieron, que así lo harian de muy buena voluntad, i que era muy buen acuerdo: i holgaron mucho con esto, porque les pareció, que era manera para que la Ciudad se asofase; lo qual todos ellos deseaban mas que cosa del Mundo.

Entre tanto que esto se concertaba, pasaronse tres, ò quatro Dias: los de la Ciudad bien pensaron que ordenabamos algunos ardidés contra ellos; i ellos tambien, segun despues pareció, ordenaban lo que podian para su defensa, segun que tambien lo barruntabamos. E concertado con nuestros Amigos, que por la Tierra, i por la Mar los haviamos de ir à combatir, otro Dia de mañana, despues de haver oido Misa, tomamos el camino para la Ciudad: i en llegando al paso del Agua, i Albarada, que estava cabe las Casas grandes de la Plaza, queriendola combatir, los de la Ciudad dijeron, que estuviésemos quietos, que querian Paz: i Yo mandé à

la Gente, que no pelease, i dijeles, que viniese allí el Señor de la Ciudad a me hablar, i que se daria orden en la Paz: i con decirme, que ià le havian ido à llamar, me detuvieron mas de vna hora; porque en la verdad ellos no havian gana de la Paz, i así lo mostraron, porque luego, estando nosotros quietos, nos comengaron à tirar Flechas; i Varas, i Piedras. E como Yo vi esto, comengamos à combatir el Albarada, i ganamosla; i en entrando en la Plaza, hallamosla toda sembrada de Piedras grandes, porque los Caballos no podien correr por ella, porque por lo firme estos son los que les hacen la Guerra, i hallamos vna Calle cerrada con Piedra seca, i otra tambien llena de Piedras, porque los Caballos no pudiesen correr por ellas. E dende este Dia en adelante cegamos de tal manera aquella Calle del Agua, que salia à la Plaza, que nunca despues los Indios la abrieron: i de allí adelante comengamos à asofar poco à poco las Casas, i cerrar, i cegar muy bien lo que teniamos ganado del Agua; i como aquel Dia llevabamos mas de ciento i cinquenta mil Hombres de Guerra, figole mucha cosa: i así nos bolvimos aquel Dia al Real; i los Vergantines, i Canoas de nuestros Amigos hicieron mucho daño en la Ciudad, i bolvieron à reposar.

Otro Dia siguiente, por la misma orden, entramos en la Ciudad: i llegados à aquel circuito, i Patio grande, donde están las Torres de los Idolos, Yo mandé à los Capitanes, que con su Gente no hiciesen sino cegar las Calles de Agua, i allanar los pasos malos, que teniamos ganados, i que nuestros Amigos, de ellos quemasen, i allanasen las Casas, i otros fueren à pelear por las partes que soliamos, i que los de Caballo guardasen à todos las espaldas. E Yo me subí en vna Torre mas alta de aquellas, porque los Indios me conocian, i sabia que les pesaba mucho de verme subido en la Torre: i de allí animaba à nuestros Amigos, i haciales socorrer quando era necesario, porque como peleaban à la continua, à veces los Contrarios se retraian, i à veces los nuestros: los quales luego eran socorridos con tres, ò quatro de Caballo, que les ponian infinito animo, para revolver sobre los Enemigos; i de esta manera, i por esta orden entramos en la Ciudad cinco, ò seis Dias arreo, i siempre al

deante, i haciamos à algunos de los Españoles se metiesen en celada en vnas Casas, i los de Caballo quedabamos atras, i haciamos que nos retrajamos de golpe, por sacallos à la Plaza. Y con esto, i con las celadas de los Peones cada tarde alanceabamos algunos: i vn Dia de estos havia en la Plaza siete, ò ocho de Caballo; i estuvieron esperando que los Enemigos saliesen: i como vieron que no salian, hicieron que se bolvian; i los Enemigos, con recelo que à la buelta no los alanceasen, como solian, estaban puestos por vnas Paredes, i Açotecas, i havia infinito numero de ellos; i como los de Caballo rebolvian tras ellos, que eran ocho, ò nueve, i ellos les tenian tomada de lo alto vna boca de la Calle, no pudieron seguir tras los Enemigos, que iban por ella, i ovieronse de retraer. E los Enemigos, con favor de como los havian fecho retraer, venian muy encarnigados, i ellos estaban tan sobre aviso, que se acogian donde no rescebian daño, i los de Caballo lo rescebian de los que estaban puestos en las Paredes; i ovieronse de retraer, i hirieron dos Caballos: lo qual me dió ocasión para les ordenar vna buena celada, como adelante haré relacion à Vuestra Magestad; i aquel Dia en la tarde nos bolvimos à nuestro Real, con dejar bien seguro, i llano todo lo ganado, i à los de la Ciudad muy vivos, porque creian, que de temor nos retraiamos. E aquella tarde fice vn Mensajero al Alguacil Maior, para que antes del Dia viniese allí à nuestro Real con quince de Caballo de los suyos, i de los de Pedro de Alvarado.

§. XXXV. Astucia de Cortés, con que murió gran cantidad de Indios. Sepultura rica, que hallaron los Españoles.

OTRO Dia por la mañana llegó al Real el Alguacil Maior con los quince de Caballo, i Yo tenia de los de Cuicacàn allí otros veinte i cinco, que eran quarenta: i à diez de ellos mandé, que luego por la mañana saliesen con toda la otra Gente, i que ellos, i los Vergantines fuesen por el orden pasada à combatir, i à derrocar, i ganar todo lo que pudiesen; porque Yo, quando fuese tiempo de retraerle,